

Un McGuffin

La maleta de Vila-Matas

Lino Monanegi

Conocí a Vila-Matas en el año 2012, en las jornadas del Hay Festival en Xalapa. Allí colaboré durante cinco días, en el mes de octubre, en la coordinación de artistas y escritores invitados. Mi trabajo consistía en acompañar a los participantes durante su estancia en la ciudad; iba con ellos a tocar base al hotel sede, y desde ahí a los distintos foros donde se presentarían ante el público: galerías, teatros y demás recintos culturales de la ciudad. Para ser precisos, me desempeñaba como anfitrión, más bien como un lazarillo; en ocasiones y, según el personaje, como un *valet*. Resulta entonces que durante su visita exprés –hay que decirlo, Vila-Matas llegó, dio su conferencia y se fue tan pronto como pudo– me tocó ser su chaperón las escasas horas que estuvo en Xalapa; horas en las que, como un *rockstar*, fue, una y otra vez, abordado por sus lectores y por los reporteros de la culturosa provincia.

Vila-Matas había llegado temprano al hotel, y yo, como un botones, lo había recibido muy risueño y servil en la puerta. Hice todas las genuflexiones de bienvenida esperadas e intenté tomar su ma-

leta, pero, en un lance brevísimo, él ganó el forcejeo y mantuvo su maleta consigo. Su equipaje consistía, únicamente, en una pequeña maleta rodante de no más de cuarenta centímetros, negra, sin ningún adorno más que una placa de metal fija al centro. La maletilla estaba provista de un asa retráctil que se alargaba hasta la cadera del escritor. Si me apuran a hacer una analogía, diría que la maleta parecía un terrier escocés, uno faldero y bobo que lo seguía muy pegado a la pantorrilla.

Tras la llegada y la recepción conduje a Vila-Matas, prontísimo, al restaurante del hotel. Allí el escritor desayunó con frugalidad, siempre con la maleta próxima, custodiándola. Después del desayuno me fui con él a la sala de prensa donde los reporteros habían sido citados en conferencia. Apenas entramos se detonaron decenas de cámaras fotográficas sobre nosotros –¡Flash! ¡Flash! ¡Flash!–. Al término del encuentro salimos de la sala ciegos de luz, con los ojos cautivos en el espejismo de los fosfenos.

Pues bien, Enrique Vila-Matas procuraba –lo he dicho antes– no separarse ni por un momento de su equipaje; si lo hacía no duraba mucho tiempo la distancia entre ellos, y durante los minutos que permanecían poco menos que lejos, no le quitaba la vista de encima, ansioso de su proximidad y su cuidado. Todo el día él arrastró su pequeña maleta de aquí para allá. Y bien cerquita de la pierna de Vila-Matas, rodando en silencio sobre los mármoles del piso del hotel, la maleta iba con las ruedas temblorosas, desconcertada y fuera de lugar. Temerosa –creo– de extraviar el celo y los pasos de su dueño.

Después de la conferencia de prensa acompañé al autor y su maleta a la habitación que le asignaron ese día. Allí se encerró en la oscuridad rotunda del cuarto, que pese

a ser mediodía estaba repleto de su penumbra. Al cruzar el quicio de la puerta, Vila-Matas no se molestó en encender ningún foco, ninguna lámpara. En medio de la habitación, se me quedó viendo con la mano como una garra aguilucha en el asa de la maleta, fijamente, en silencio, observando cómo cerraba la puerta tras de mí, mirándome con sus ojos tecolotes en la noche cerrada de su habitación.

Más tarde volví por él, y otra vez la misma historia: Enrique Vila-Matas caminando silencioso, y la maleta, presurosa, a su lado llevándole el paso. Un auto aguardaba por nosotros a la entrada del hotel. Dentro, además del chofer, esperaba el fotógrafo Daniel Mordzinski, un pesado.

El viaje en automóvil fue corto, llegamos al teatro en un santiamén. Entramos sin prisa y nos fuimos directo a los vestidores. Alguien me iba contando, mientras caminábamos, que Valeria Luiselli ya había llegado –ella iba a entrevistar a Vila-Matas durante el conversatorio–. Ese “alguien” también me dijo que ella estaba ya en la sala: “le están ajustando una base que mantenga fijo el micrófono a la altura, exacta, precisa, de su boca. Es que dice que así lo prefiere, que sus muñecas son muy débiles, que no soportan el peso del micrófono por largo rato”. Ese alguien y su voz cansina, desaparecieron con el “jijiji” de una risita burlona.

En el camerino del teatro, Vila-Matas se sentó frente a mí. Se me quedó viendo, inmutable, mientras cargaba su maleta sobre las piernas. La mantenía abrazada, pegada a su barriga. Y Mordzinski, que seguía con nosotros, hable y hable sin intercalar silencios en su largo monólogo, puntuando y *comeando* la perorata con el clic, clic, clic de su cámara fotográfica. Y, mientras, Vila Matas observándome, auscultando los rasgos de mi rostro, en una práctica fre-



El submundo de Anita. De la serie *La vida es juego*

nológica, midiendo *in mente*, mis facciones, descubriendo en mi personalidad tendencias criminales y propensión al delito, defectos claros que me hacían indigno de su confianza; defectos que le hacían temer por su maleta, que sabía tendría que abandonar conmigo toda la hora que durara la conversación con Luiselli; una hora en la que su equipaje no estaría al alcance de su vista, que estaría conmigo, en la oscuridad de la tramoya.

Intenté cortar la tensión del momento y le pregunté: “¿Vendrá Sergio a verlo?” Mordzinski de tuvo el “clic clic clic”, volteó y me dijo con su acento de argentino mamón: “Para vos el MAESTRO SERGIO PITO L, no Sergio”. Lo miré con desgana; “vaya pesado”, pensé.

Llegó el momento. Enrique Vila-Matas, la maleta, Daniel Mordzinski y yo nos dirigimos a la sala. Luiselli lo presentó. Vila-Matas, en medio de la negrura total de la tra-

moya, le dedicó una última mirada a su maleta; ella le respondió con un titileo de luz, un reflejo en la plaquita metálica. Él se dirigió al proscenio, y atrás nos quedamos la maleta y yo. Mordzinski, que siempre viste de riguroso negro, se fundió en la oscuridad y desapareció. ¡Qué suerte!

No lo pensé dos veces, tomé el asa de la maleta y salí con ella al pasillo, me agaché para abrirla, quería ver su contenido: ¿qué llevaba dentro Vila-Matas que lo hacía cuidar con tanto celo aquella valija?

Recordé algunas *fan theories* sobre el maletín de Marsellus Wallace en *Pulp Fiction*. En la película nunca se muestra el contenido del maletín. Entre las conjeturas sobre lo que guarda en su interior, algunos fanáticos de Tarantino creen que se trata de plutonio, y otros que son los diamantes robados de su primera película, *Reservoir Dogs*.

Antes de abrir la maleta, leí lo que decía en la placa dorada. En letras muy, muy diminutas ponía:

One man says, “What’s that package up there in the baggage rack?” And the other answers, “Oh, that’s a MacGuffin”. The first one asks, “What’s a MacGuffin?” “Well,” the other man says, “it’s an apparatus for trapping lions in the Scottish Highlands.” The first man says, “But there are no lions in the Scottish Highlands,” and the other one answers, “Well then, that’s no MacGuffin!”

Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Descorrí el zíper y abrí la maleta. **LPyH**

• **Lino Monanegi** estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UV. Es autor de la columna “Coma horizontal” en el periódico *Liberal del Sur*.